

## Chantal Maillard

Chantal puede parecer una mujer de aspecto frágil, pero sus ojos revelan la quietud de quien ha sido forjada por una biografía de diamante donde se conjuraron fuego y serenidad para aprender. Ante su nombre, acuden a la memoria muchos versos como un ramo de respeto; si es cierto que el futuro es un andamiaje entre los hemistiquios del poeta, entonces, para ella dejó escrito T. S. Eliot que el mundo se percibe como “la noción de algo infinitamente amable/ que infinitamente sufre”. Chantal, igual que una hoja de papel, se ha plegado a los mayores dolores posibles, pero ha sabido sobreponerse, humilde. Hierba que alguien doblega con una pisada indiferente; sin embargo, al poco, recobra su forma, y regala, certera, sus colores a la luz de cada día. Chantal es un ejemplo de ética y constancia; de lucha por cincelar su vida con las herramientas de que el tesón dispone. Quiso ser cantante con delicadeza diluida entre el humo de los bares, y escritora de calidad y hondura; difícil, sin embargo, de rastrear por las antologías poéticas que arrojan demasiados nombres efímeros con despilfarro de fanfarrias. No sé si por belga, o por malagueña, pero su abundante obra, tanto poética como ensayística, muy apreciada entre los buenos lectores, ha dejado una huella leve entre ciertos clubes de la rimbombancia a pesar de los continuos galardones que rubrican su magnífico quehacer. El Premio Nacional de Poesía significa un espaldarazo justo a una creadora reservada capaz de reflexionar sobre cada latigazo con que los años nos derrengan. Chantal, la que se sienta ante la muerte, la que calcula el peso de lo efímero, la pupila del tiempo. Chantal, un lujo que pasea entre nosotros.

José Luis González Vera

## NO PONDRÁS NOMBRE AL FUEGO

No medirás la llama  
con palabras dictadas por la tribu,  
no pondrás nombre al fuego,  
no medirás su alcance.  
Todas las llamas son el mismo fuego.  
Mi cuerpo es una antorcha que alumbra los espantos  
que la razón construye en sus tinieblas.  
Hay que bajar al cuerpo, muy adentro,  
tocar el centro ardiente, abrirlo y propagar  
el gozo de la lava.  
No importa en qué caderas,  
en qué pecho resbale,  
no importa la estatura, el sexo o la materia  
pues todos caminamos sobre la misma pira.  
No medirás la llama con palabras que encubren  
los viejos sentimientos de los hombres.

Chantal Maillard